

## Confusión mortal

Hugo Paz Pérez Cabrera\*

Esto ya es antiguo, no sé si tú también lo recuerdas. No entiendo por qué te dormiste tan temprano, si cuando llegamos dijiste que hoy sería diferente. Y mírate nomás, ahí tirándote en el puro piso sin limpiar. Ya pareces una vaca vieja. Mientras sigues ahí tendido, los recuerdos taladran mi cabeza. Buscaré una manera de calmarme, pues mis pensamientos están huracanados. Pero yo soy fuerte, seguiré esperando a ver si te despiertas.

Apenas son las dos de la mañana. Creo que pediré ayuda para llevarte a tu casa, no puedo quedarme aquí. Aunque a esta hora nadie me haría caso. Serían vanas mis llamadas. ¡Carajo! No puede ser que sigas así. ¿Alguien habrá detenido el tiempo? Trataré de sumergirme en mis recuerdos, a ver si así amanece más rápido. Ahora que pienso, ya han pasado como ocho o nueve años desde aquel crepúsculo tórrido de agosto cuando estaba sorbiendo el último traguito de mi cañazo en la ya extinta cantina de don Florián. El recuerdo no puede ser más claro, era un trago bastante dulce y, como ya se me iba secando la botella, pedí más. No hay más, me respondieron. Pedí una cerveza y la trajeron, sí, la misma bebida que, al rozar tu lengua y tu paladar, produce ese gélido amargor que subsiste hasta la llegada del siguiente trago. La misma que pasa fresca y espumante por tu garganta hasta llegar a tu estomago para luego, de alguna manera, subir a tu cabeza donde te obliga a hacer y a decir estupideces. Siento mucho estas groserías, y también lo siento por estar hablándote de algo que a ti te prohibieron hace tiempo: unas cervecitas.

Voy a contarte lo que me pasó, no me gustaría recordarlo para mis adentros en este silencio atronador. Bueno, mientras me disponía a sorber el segundo vaso rebosante, un movimiento abrupto hizo que este se deslizara de mis manos para ir a dar al piso, no recuerdo muy bien si fue

\* **Estudiante de Lengua española -  
Literatura (pregrado) en la Facultad  
de Ciencias Sociales y Humanidades,  
Universidad Nacional de Educación  
Enrique Guzmán y Valle, Perú.**

un temblor o el principio de mi beodez lo que produjo este suceso. Sé que puedes imaginar lo que pasó luego. Toda la mesa se empapó de cerveza, mi pantalón estaba lleno de espuma y el piso lleno de vidrio hecho trizas. Tú siempre me has conocido y sabes que soy un hombre justo y honrado, por eso me dispuse a recoger los pedazos del vaso roto. Mientras recogía los últimos pedacitos de vidrio, algo se incrustó en mi rodilla derecha, lo miré y vi que era aguja de esas gruesas, yo sé que tú sabes a cuáles me refiero, porque las usabas seguido para remendar esos pantalones gruesos y deteriorados que, regularmente, traes puestos.

Desprendí la aguja y la sangre empezó a emanar a borbotones, pero no lo sentía porque tenía las piernas adormecidas. Me paré como pude para dirigirme al cilindro que hacía de basurero. Tiré la basura. Te juro que ese cilindro apestaba casi tanto como el hedor que ahora estoy percibiendo y no sé si sale de tu cuerpo o viene de la quebrada; no, no viene de ti, tú solo estás dormido, aún escucho tu respirar y veo que tu enorme barriga sube y baja al ritmo de tu respiración. Como te iba diciendo, volví de esa apestosa esquina, ¿y qué crees?... don Florián ni las gracias me dio. Al contrario, me miró bien feo, con una mirada suspicaz. El reloj de pared estaba en la mesa, que servía de barra, marcando las seis menos dos. Pensé que todavía tenía bastante tiempo, ya me conoces como soy cuando me pico con los traguitos, aunque hace muchos años que tú no tomas, te prohibieron pues las cervecitas.

Como tenía tiempo, fui a sentarme, pero a otra mesa. Iba quedando cada vez menos gente, por qué se van, pensaba, pero creo que lo decía porque todos me miraban con ojos displicentes y con cara de repugnancia. Me senté en la mesa que estaba al fondo. Pedí otra cerveza. Ese desgraciado de Florián demoró más esta vez, no te puedes imaginar la impaciencia que tenía. Traté de calmarme; me cogí la frente con ambas manos, manchadas de sangre; mientras esperaba, en la silla de enfrente pude notar un sobre amarillo, sí, era un paquete, pero tú muy bien sabes que nadie deja las cosas así por así, por algo las dejan. Y tomé la decisión que, como tú siempre me reconvenías, nunca debí tomarla, pero cada uno es arquitecto de su vida, viejo.

Me quedé mirándolo, pensando en lo que podría contener, por un momento me dio la impresión de que era dinero, ¿qué podría ser ese bulto que sobresalía en el medio? En ese momento me puse a pensar en mi madre, en mi hija y

**Me quedé mirándolo, pensando en lo que podría contener, por un momento me dio la impresión de que era dinero, ¿qué podría ser ese bulto que sobresalía en el medio?**

en mi esposa a quienes mataron esos terrucos de mierda, como tú habías visto, los mataron sin razón, solo porque, en esos días, mi padre, a quien también mataron, era el presidente de la ronda, lo cual no era motivo para que los aniquilasen, si ni daño les hacían ellos. Pero yo no tenía nada que ver, no sé por qué lo hicieron. Mas yo no me corrí del pueblo. Ahí los esperé. Al fin y al cabo, todo lo había perdido, pero nunca llegaron esos jijunas.

Creo que te voy a despertar, aunque no sé si lo consiga, pues ya me entró esa tristeza que dispara derecho al alma y se acurruca en la vacuidad insondable del corazón y necesito que alguien me acompañe a tomar este trago amargo. Mejor sigo contándote lo que me pasó. Disimuladamente, tomé el paquete y lo abrí, no podía creerlo, ¿era lo que realmente veía, o quizás era producto de la embriaguez? Lo toqué, sí, era real y comprometedor. Me convencí de que lo habían dejado a propósito. Parsimoniosamente, giré la cabeza para ver si don Florián ya venía con mi cerveza. Nada. Me apresuré y puse en mis manos la Beretta 92, la inspeccioné, y noté que estaba cargada. Había algo más dentro del sobre: una nota. Escuché las zuelas de unos zapatos que ingresaban arrastrándose por la puerta posterior que llevaba a la salida. Por la lentitud de los pasos supe que no era el cantinero. Me apresuré a leer la nota. Solo tenía tres líneas escritas con una caligrafía envidiable que decían: "Larga ha de ser pero fructífera, cruenta ha de ser pero brillante, dura ha de ser pero vigorosa y omnipotente. Se ha dicho que con fusiles se transforma el mundo, ya lo estamos haciendo", eso decía.

Y yo sé que ahorita tú no entiendes nada, y si lo entendieras, me dirías que eso lo escribió un ignorante, que los intelectuales son rebeldes, pero no revolucionarios, y quizás tengas razón, incluso estando ahí tirado. Por cierto, acabo de cubrirte con una manta raída y sucia que estaba sobre las enjalmas de las mulas. La madrugada se va haciendo más helada. Ah, sí, estaba en que yo tampoco entendí la nota aquella tarde. Los pasos ya estaban en mis espaldas, doblé la nota como pude y la metí dentro del poncho que traía puesto, la pistola estaba en mi cintura hacía rato ya. Dos tipos, con indumentaria de militares, se sentaron en mi mesa. En cuanto uno de ellos dejó la escopeta en la mesa, ingresaron como seis hombres más con las armas en ristre y con unas caras que daban la impresión de no ser caras, aparentaban tener los corazones fríos y

decididos para suprimir al primero que haga un movimiento en falso. Ya solo quedábamos una parejita de tortolos, unos muchachos, imberbes de la vida, y yo en la cantina. Los que estaban a mi lado me pidieron que me pusiera a la pared para que me auscultaran, les dije que no podía, que tenía la rodilla adolorida y que no podía dar paso. Su boca fue un manantial de abundante sordidez. ¡La orden fue clara, so mierda! ¡A la pared! Empuñaron sus escopetas, y el más próximo, me asió y tiró bruscamente de mi brazo con intención de empujarme a la pared, y así lo hizo. Si tan solo hubieras visto la manera en que me rebuscaron, ¿crees que fue con sutileza? No, esos facinerosos no conocían la piedad; me apretaron el cuello, me quitaron mi ponchito y en ese instante la nota voló como quien queriendo escapar, pero la cogieron antes de que tocara el suelo. Siguieron palpándome, rebuscándome hasta que llegaron a mi cintura, donde hallaron la Beretta 92 cargada. “Cabo Lagartija, al sobre a este perro traidor”, dio la orden el más fortachón de todos. Y me cargaron hasta el camión en el que habían llegado, el cual se encontraba en la placita nomás.

Pero yo siempre he tenido los nervios de acero como a ti te consta, eso no puedes negarlo. Por eso me mantuve sereno aquella noche. Tenía la seguridad de que esa insignificante pistola no me llevaría tan lejos y muchos menos una nota que ni entendía, pero que ahora ya comprendo. El camión corría raudamente, el chofer no se interesaba por las condiciones de la trocha accidentada, él solo aceleraba. Después de horas de trayecto, llegamos a un campamento donde esperaba un tipo más viejo que yo, tenía la calva blanca y la piel demacrada, su estatura era realmente impresionante. Ordenó que me llevarán a una celda, que me dejarán dormir hasta que me pase la ebriedad, “ya cuando despierte le haremos hablar al hijo de su madre”, escuché que le decía a otro. Al día siguiente, cuando la mañana destallaba sus primeros rayos, me sacaron a patadas de la celda improvisada y me llevaron a postrarme delante del mandamás. “¡Tienes una sola oportunidad, o hablas o te metemos al hoyo!”. Me levanté con ímpetu exacerbado para decirles que no sabía nada, que no entendía nada de lo que me preguntaban y que esas porquerías que me han encontrado encima no eran mías, que las hallé en esa mesa por casualidad. Pero ya tú sabes lo obcecados que son estos jijunas, no me creyeron nada, en lugar de eso me llenaron de imprecaciones y acusaciones, me dijeron que

era un revolucionario de SL. Eso fue lo que me prendió. Les dije que si en algún momento llego a ser revolucionario sería por la experiencia vivida y no por ideologías aprendidas. Hasta hoy no comprendo si me llevaron por equivocación o por qué, si yo era un agricultor tranquilo y eso lo sabes tú mejor que nadie, solo que, desde que mataron a mi familia, me he dedicado también a beber mis traguitos. Fuera de eso, no ando en malos pasos. Pero estos no tuvieron oídos para mis explicaciones y me llevaron a pasar esos seis años a la cárcel de Macanavi, de donde tú me sacaste.

En ese confinamiento viví de todo, aprendí de todo y me olvidé de todo. Creo que me sirvió como terapia para superar esa ingente pérdida de seres queridos. Hasta le había agarrado cariño a mi solitaria celda. ¿Sabes?, ella me enseñó que la soledad es más beneficiosa que la compañía, que hay que valorar el cariño de los seres queridos mientras se los tiene, pues nada es para siempre, que todas las preocupaciones pueden fundirse en una sonrisa esbozada con ternura y sinceridad. Creo que lo último lo entendí mejor cuando tú me hiciste subir en esa camioneta después de que firmé esa montaña de papeles amarillentos en la fiscalía. Ahora que te veo ahí abrigado con esa manta olorosa, me preocupa mi destino. No sé qué va a ser de mí cuando tú me abandones, estos últimos años he estado bien porque tú has estado conmigo. Claro que podría conocer a otras personas, quizás más jóvenes, pero ninguna se atrevería a meter las manos al fuego por mí como siempre tú lo has hecho. Tu sinceridad y lealtad eran a prueba de balas, tus consejos y reconvenciones siempre han sido pertinentes, siempre hacías un comentario adecuado en mis yerros, y yo te hacía caso. Si llegaras a faltarme no sé a dónde iría, sabes bien que la casita que me regalaste es lo único que tengo, es mi única cobija. Pero no te preocupes, no te preocupes, yo esperaré aquí hasta que despiertes, no puedo abandonarte.

Ya empieza a clarear el día, lo sé porque los gallos están cantando por segunda vez, pero qué raro, se oye extraño por momentos; los perros están ladrando al otro lado de la quebrada, qué estará pasando por allá. En cuanto los pajarillos inunden la casa con su melodiosa sinfonía, saldremos por esa puerta angosta, iremos derechito a tu casa para que Matilde, tu esposa, te atienda como yo debí hacerlo y no lo hice. Después nos iremos a pescar a ese río

torrentoso que tanto a ti te gusta. ¿Qué puedo hacer mientras tanto? Sí, voy a cantar esa canción que escuchabas antes de que te prohibieran tus cervecitas:

*La vida nadie la compra  
ni por oro ni por plata  
ya cuando viene la muerte  
de cualquier modo nos mata.*

¡Qué tiempos aquellos! Hace rato que tengo bastante sueño y también quiero dormir, pero no puedo hacerlo, tengo una misión que cumplir y la cumpliré cueste lo que me cueste. Oye, ¿te has preguntado lo que podríamos hacer si tan solo fuéramos golondrinas? Nos escaparíamos volando a cualquier lugar, encontraríamos cobija en cualquier techo y sin pagar, no estaríamos aquí ahora, tal vez estarías trinando y yo aleteando mientras abrimos surcos en ese azul incesante de allá arriba.

Ya empezaron a trinar los pajarillos, escucho el trotar apresurado de las bestias de don Joaquín con dirección al pueblo, sí, son sus bestias, nunca me he equivocado. Alguien toca la puerta tímidamente. Creo que debo ir a abrir, quizás alguien nos ayude. Ahora que recuerdo, hoy me tocaba limpiar los posos del agua potable. No puede ser, eso lo había olvidado. No tengo opción. Te dejaré aquí. Ya despertarás. Saldré por la puerta trasera. No tardarán en venir a llevarte de esta casa chacarera. Los gallinazos son buenos mensajeros. ¿Pero qué está saliendo de tu boca? Parece espuma: ¡es espuma, sí, espuma! ¡No puede ser! ¡No, maldita sea, no! Pero si a eso de las dos de la madrugada estabas bien. ¡Diablos, diablos! ¿Acaso tomaste el vaso equivocado y no me di cuenta? Déjame ver... sí, te tomaste el vaso que contenía el veneno para las ratas, lo confundiste con la taza de leche.

¿Quién fue el desgraciado que te prohibió tomar tus cervecitas?

Fin.

**No tengo opción. Te dejaré aquí.**